

¿POR QUÉ LUCHA INGLATERRA?

El presente artículo, como puede apreciar el lector, está escrito antes de la declaración de guerra a Rusia por Alemania. No obstante, sus argumentos no han perdido nada de actualidad; al contrario, han adquirido mucha más fuerza, pues el hecho de que Inglaterra apoye a la grasienta y sanguinaria Rusia, es la prueba más palpable que lo que esta nación ansia no es el predominio de sus ideas políticas de democracia, como ha venido diciendo, ni el exterminio del nazismo como contrario a «los derechos del hombre», sino pura y simplemente el aniquilamiento de Alemania como potencia económica y militar que pueda competir con los monopolios mundiales de los sajones. Su posición no es otra que la de defender su injusto señorío sobre las riquezas y productos naturales del mundo, y negar el pan y la sal a un pueblo que por su elevada cultura, superior a todas luces a la inglesa, por su gran población y por su formidable talento político, le corresponde una de las mejores partes en un justo y racional reparto de las colonias y de las materias primas.

Esto, por otra parte, no lo ha mantenido secreto Inglaterra; hace pocos días un político inglés declaraba que para combatir Alemania, hasta con el diablo se aliarían. Cinismo manifiesto que jamás se atrevió a confesar ningún estado que se haya dicho civilizado, en ninguna época de la historia. — N. de la R.

¿Por qué lucha Inglaterra?... Es una pregunta difícilísima de contestar por todo el ajeno a los intereses británicos. Yo quisiera que todos los ciudadanos españoles se la formularan, y que al mismo tiempo, para encontrarle la respuesta adecuada, se entretuvieran consultando y recordando hechos anteriores acaecidos después del armisticio de 1914; estoy seguro de que opinando sin influencias de pasiones, simpatías o necesidades personales, habrían de llegar a la misma conclusión: Inglaterra lucha contra Alemania, porque Alemania ha tenido la suficiente fuerza de voluntad y el suficiente espíritu de sacrificio necesario para sobreponerse a la influencia inglesa, en lo referente a organización política y administrativa, creando una Nación demasiado fuerte a la vista de los ingleses, los cuales ven en su crecimiento un peligro. Luchan contra Alemania como lucharían contra cualquier pueblo que estuviera en las condiciones de Alemania.

Esta verdad no la han confesado ni reconocido nunca los ingleses porque si lo hubiesen hecho, no habrían cogido a los incautos pueblos que han liado entre sus edes de telaraña extendida.

La propaganda y con ella, los políticos británicos, han dedicado hasta ahora parte de sus esfuerzos a buscar una contestación a esta pregunta. Si se remueve un poco, dicha propaganda puede dividirse en varios temas: Inglaterra lucha por la defensa de Polonia... ¿Lucha realmente Inglaterra a causa de Polonia? Lo único cierto y comprobado es que el choque que originó la guerra fué el conflicto germano-polaco. El mundo se enteró de que el Imperio británico empuñaba las armas en defensa de Polonia. Europa esperaba ver como los ingleses acudirían en socorro del Estado polaco; en realidad este socorro no existió, y antes de que en Londres se llegara a un acuerdo sobre los «fines británicos de guerra», había desaparecido la nación polaca. Se suponían otros «fines de guerra». Mas para corroborar la afirmación de que Inglaterra no fué a la guerra al objeto de defender la integridad de Polonia lo demuestra el hecho de que mientras en Londres se prometía a los polacos la restauración íntegra de su Nación, Rusia iniciaba su intervención en ella, e Inglaterra daba tácitamente por liquidadas las garantías concedidas a dicho pueblo por la fuerza de los acontecimientos. Si realmente Inglaterra declaró la guerra a Alemania por defender la integridad del Estado polaco ¿por qué no declaró la guerra a Rusia cuando ésta ocupó militarmente, parte de dicho pueblo?

En vista de estos acontecimientos, repito, los ingleses tuvieron que buscar otra razón para demostrar el porqué de la guerra, y declarar al mundo de que Polonia fué el motivo pero no la causa.

Se buscó otro pretexto; Churchill fué el «vidente», el «descubridor», diciendo: Te-

nemos que libertar definitivamente a Europa del temor de una agresión alemana. Francia e Inglaterra tienen que obligar a Alemania renunciar el empleo de la fuerza.

La propaganda inglesa pronto se hace dueña de esa tesis y empieza a hablar, a clamar el supuesto de que Alemania amenaza a todos los pequeños Estados y a todos los demás, en general, «pacifistas». Alemania intenta imponerse por la violencia para aniquilar todo lo que significa cultura, religión, libertad. Los alemanes son el enemigo rapaz que hace de las conquistas ganancias pingües. ¡Los ingleses!... los conquistadores de la pasada guerra, gozan de los botines acumulados y escuchan discursos que claman contra «la agresión».

No hace falta más que dar una mirada al pasado, recordar, para ver el cúmulo de agresiones británicas a los pequeños pueblos. ¡Qué cantidad de violaciones y quebrantamientos de palabra empeñada!

Se entiende que hablar de «agresiones» es aludir a actos realizados por el III Reich en materia de política exterior; ¿cuales son esos actos?... El rearme alemán; ocupación de la Rhenania, la anexión de Austria; la reincorporación a su seno de los sudetes alemanes.

Según los ingleses Alemania no tenía derecho a restablecer su soberanía en la integridad de su territorio; no tenía derecho a anexionarse Austria, siempre germana, que solicitó de Alemania su ayuda para imponer el orden dentro de su país; el estado checoslovaco, artificialmente creado por los llamados «pacifistas», debía de subsistir, sin considerar las circunstancias raciales, políticas, geográficas e históricas para amenazar permanentemente la integridad patria de Alemania. Estas eran las «agresiones alemanas» a la libertad de Europa, a las naciones pacíficas de todos los Continentes... ¿Por qué a Alemania nunca se le ha ocurrido intervenir en las relaciones entre Irlanda e Inglaterra? Los políticos de Londres no tienen derecho a indignarse; no pueden indignarse porque la humanidad toda, sabe la inmoralidad de los métodos empleados por la política inglesa. Además de nada valen reproches y lamentaciones; Alemania fuertemente tenía que romper las cadenas de Versalles por mucho que se indignaran sus carceleros. Hitler subió al poder habiendo contraído con su pueblo la sagrada obligación de libertario de la tiranía de Versalles.

Esta tesis del «espíritu agresor Alemán», aunque al principio dió bastante resultado, cayó en el olvido porque se mantenía sobre bases endeables y además, con su propagación, tenían que ponerse a la luz algunos actos realizados por los políticos londinenses no muy nobles y morales.

De pronto surge una consigna: guerra a Hitler. Se tachó y calificó al Canciller alemán con la brevedad de «asesino»; el

hitlerismo derivaba de la mentalidad criminal del Jefe «nazi»; Hitler era el enemigo mortal del cristianismo. La guerra contra Hitler no era una guerra vulgar, material, era una «cruzada», pues Hitler había tomado como modelo a Atila. Los políticos británicos juran que no volverán a negociar nunca más con Hitler (siempre con el entendimiento de que la palabra Hitler significa la persona del Jefe Alemán, sus partidarios y su manera autoritaria de gobernar).

Esta propaganda culminó en el ignominioso atentado de Munich. Pero esta tesis duró poco, el inglés inteligente se preguntó ¿si Inglaterra lucha contra el principio de régimen dictatorial, por qué hemos querido pactar con Stalin, el «peor de los dictadores»? ¿por qué se evitó al principio de la guerra el enojo de Mussolini y sigue evitándose el de Franco?

No cabe la menor duda: Inglaterra no ha confesado aún sus «fines de guerra». Ninguno de los anteriormente expuestos «fines de guerra» contiene la verdadera finalidad de ésta. Han sido puestos en circulación para confundir a la opinión pública y al mismo tiempo para encubrir los verdaderos motivos de la actitud británica: los británicos son completamente incompatibles con una Alemania u otra Nación, cualquiera que sea, tanto o más fuerte y poderosa que ella; es necesario aniquilarla, aunque para ello sea necesario e imprescindible que se hundan otros pueblos completamente inocentes.

Volvemos otra vez la vista atrás y nos encontraremos infinidad de veces con la misma trayectoria de la política londinense; concierta pactos, alianzas, concede «garantías» y crea «frentes de paz»; una vez conseguidas estas agrupaciones lanza a los pueblos contra el enemigo previsto. Primero contra España (siglos XVI y XVII), contra Holanda (siglo XVIII), contra Francia (siglos XVII a XIX), contra Rusia después (siglo XIX) y por último contra Alemania. Siempre persiguiendo el mismo fin: impedir que las Naciones continentales arreglen sus asuntos sin la intervención inglesa.

Me permito recordar todo lo expuesto a fin de que todos los españoles se interesen por estos asuntos, pues en esta guerra y en su conclusión se ventilan intereses muy españoles, y recomiendo a todos los ciudadanos se entretengan a repasar un poco la Historia, estando completamente seguro de que todo el que se diga y crea buen español no puede desear más que la victoria de Alemania porque ello significa el final de este supeditamiento forzoso de los pueblos a la rancia y habitual política inglesa.

P. V. R.

Larache, 23 de Junio de 1941.